

bar sencilla y brevemente estos tres puntos, contenidos en la proposición siguiente: Jesucristo S. N., los ángeles y los santos se gozaron en ayudar la S. Misa.

**12.** En efecto: nuestro adorable Salvador ha ministrado en el Sacrificio del Altar. Cierta día, S. Pedro Pascual se disponía para celebrar la Ofrenda eucarística cuando se le presentó de improviso un hermoso niño, quien preguntó al santo si gustaba que le ayudase la Misa.—Bien, querido—añadió el siervo de Dios, y procedió al augusto acto. Terminado éste, y, una vez que se hubo desnudado de los sagrados ornamentos, el venerable religioso, según práctica de algunos celosos sacerdotes, preguntó al lindo niño sobre el Misterio de la Trinidad Santísima. Entonces el bello párvulo, transfigurándose á los ojos de su interlocutor, le dijo: «La segunda Persona de la Trinidad soy que te redimí, y tú con los niños que has rescatado me has cautivado á mí.» El Salvador, que acababa de hablar, desapareció, quedando el santo lleno de indecibles consuelos.

Y si el Divino Jesús no puede tener á menos ayudar la S. Misa, puesto que coopera á perfeccionar su propia Obra eucarística; ¿lo tendrán sus cortesanos? lo tendrán sus ángeles? Veámoslo:

**13.** Un ángel preparó la hostia para celebrar su primera Misa el siervo de Dios Fr. Felipe de la India Oriental. Estaba un día celebrando con extraordinaria devoción un religioso, llamado Pedro, y luego que terminó el *Confiteor Deo*, oyó una voz del cielo que le decía: Perdonados son todos tus pecados. El V. P. Rodolfo, franciscano, era tan purísimo que su Misa era ayudada muchas veces por los ángeles. Una cosa idéntica sucedía á S. Osualdo, de quien cuenta Surio, que todos los días le ayudaba la Misa un pobre, quien, en determinada ocasión, vió que al lado del siervo de Dios permanecía de rodillas una persona venerable, y que la S. Hostia tomaba grandes proporciones en las manos de S. Osualdo. Espantado por esto huyó el menesteroso y dejó solo al sacerdote, pero quedóse en la puerta del templo para ver cómo terminaba aquella maravilla. Cuando

S. Osualdo dijo: *Per omnia sæcula sæculorum*, oyó que el venerable le respondía. Concluída la Misa, contó al devoto religioso la visión, y éste añadió que la persona venerable, que había contemplado á su lado, pertenecía al coro de los ángeles.

Dios N. S. ha enviado cortesanos angélicos para que ministrasen al celebrante, en vista de que no había quien ayudase la Misa. El bienaventurado Fr. Juan de Parma, general de la orden de menores, iba á celebrar una mañana el santo Sacrificio, pero su compañero, fatigado del sueño, se tardaba demasiado. Era dada la hora para salir al altar, y el siervo de Dios comenzó él solo á vestirse los ornamentos, cuando notó que su compañero le ayudaba á ponérselos. Era un ángel de forma parecida al compañero, porque mientras celebraba el P. Juan, soñó aquél que éste le llamaba, y, al levantarse presuroso para ir en busca de su prelado, pudo admirar el espectáculo referido.

**14.** Fueron también los siervos de Dios, quienes en todo tiempo se preciaron en gran manera de ayudar al celebrante. Sto. Tomás de Aquino, siendo ya sacerdote, ministraba en la Misa casi todos los días; un beato lego de mi seráfica Orden tenía todo su gozo en ayudar cuantas Misas podía; y Sta. Matilde vió en el cielo el alma de un religioso, radiante de esplendor extraordinario, por el singular placer que había tenido ayudando al celebrante. Un hermoso hecho que registran las crónicas franciscanas realza la presente doctrina. Era provincial el Beato Gabriel de Ancona, cuando, en una de sus canónicas visitas á los conventos de su jurisdicción, entró en el templo y vió que el celebrante se hallaba solo en el altar, pues el hermano sacristán estaba entretenido en otros quehaceres. Arrodillóse al lado del ministro de Dios y comenzó á ayudar la Misa. Cuando llegó el hermano sacristán vió que había quien ayudase al celebrante, creyendo fuese un simple religioso, le dejó continuar el oficio comenzado. Momentos después se asomó el P. Guardián y reconoció en el religioso ministrante al P. Provincial, á quien rogó desistiera de ejercer el ange-

lical oficio. Pero el bienaventurado varón respondió á su interlocutor:—«P. Guardián, estímole en mucho la intención sencilla del aprecio que hace de mi persona con el empeño de quitarme el ministerio de acólito; pero sepa, sepa que no es indigno de un Provincial un ministerio de que apenas es digno un ángel, ni puede ser indecoroso á la mayor dignidad de la tierra lo que reputarán por honra singular suya las Potestades del cielo. Váyase, pues, el hermano sacristán á proseguir su ocupación, que yo, ya que Dios, sin mérito mío, me ofreció la ocasión de ayudar al Sacrificio, no quiero dejarlo imperfecto (1).» Dijo, y siguió de rodillas hasta que terminó la Misa. ¡Lección eficaz para aquellos individuos que, creyendo ser alguna cosa, desestiman ayudar al celebrante por ilusionarse de que este Oficio elevado es sólo propio de niños ó de personas consagradas al servicio eclesiástico! ¡Ah! Los que sirven al sacerdote en la Misa se hacen acreedores á un sinnúmero de mercedes particulares que no alcanzan los que sólo asisten como auditores á este Divino Sacrificio.

**15.** El Salvador instituyó además la pura Ofrenda de nuestros altares para aplicar los infinitos méritos adquiridos en su cruenta Pasión; mas debemos no olvidar que estos relevantes méritos se adquieren, no sólo por celebrar ó ayudar el Adorable Sacrificio, si que también por asistir á Él. Entonces nos convertimos en testigos arrepentidos de los tormentos y de la muerte que experimentara el Señor en el Gólgota; somos los israelitas condolidos del amargo trance de la Crucifixión del Salvador; somos los soldados romanos que bajamos las gradas benditas del Calvario golpeando nuestros pechos y confesando la divinidad de Jesucristo; somos el apóstol Juan colocado de pie, sereno, impávido, pero lleno al propio tiempo de aflicción inmensa, al lado de la Cruz de Jesús; somos Nicodemus y José de Arimatea, comprando lienzos y aromas para envolver decentemente el precioso Cuerpo del Redentor, y para desempeñar en Él

(1) González. Part. 6, lib. II, c. XV.

los cristianos oficios de sepultura; somos los apóstoles y los discípulos ingratos que, con María, la Madre de Dios, y con las santas mujeres, lloramos en el cenáculo del templo el suplicio del Hombre-Dios y nuestras infidelidades hacia Él; somos Pedro y Juan, corriendo al sepulcro para buscar á Jesús, tomarle en nuestras manos, estrecharle contra nuestro corazón é imprimirle dulce ósculo de amor por lo mucho que ha amado. Todo esto somos, y todas estas prácticas ejecutamos cuando, llenos de compunción santa y de sólida devoción, asistimos como oyentes al Sacrificio eucarístico. S. Lorenzo Justiniano afirma que mientras se celebra la Misa está Jesucristo en el cielo orando por aquéllos que la oyen y por los demás por quienes se ofrece; está mostrando á su Padre las llagas que le causó el amor que tuvo por nuestra salvación; por manera que ruega también para que no se pueble el infierno de cristianos (1).

**16.** Tan placentero es al Eterno Padre el que se oiga Misa, que por medio de esta santa práctica se mueve á conmiseración de los mortales. Ve en actitud humilde ante sus pies un pueblo inmenso que le presenta á su Divino Hijo para que implore la misericordia infinita; contempla á este mismo pueblo que, con arrepentimiento de sus culpas y tierna emoción, toma en sus manos al Salvador y le dirige esta parecida súplica: Ya que nosotros, por nuestros propios crímenes, no somos dignos de que nos perdone, al menos perdona nuestras deudas por vuestro muy caro Hijo. Y el Eterno Padre, que en los días de la mortalidad de su amado Hijo atendió sus ruegos y sus clamores por reverencia á Él mismo (2), ¿no escuchará conmovido los clamores y los ruegos que ahora desde la Hostia santa le dirige?

Agrada sumamente á Dios la audición de la S. Misa, porque en ella podemos comulgar y de hecho comulgamos espiritualmente. Enseña S. Vicente Ferrer que el oír Misa es practicar la Comunión espiritual (3); y añade que el sacer-

(1) Serm. de Corp. Christi.

(2) Ad Heb. V, 7.

(3) Serm. II de Epiphan.

dote es la boca de todo el cuerpo místico de la Iglesia; y que cuando Él comulga sacramentalmente, todos, si están en gracia santificante, incluso los niños, llevan á cabo esta forma de santa Comunión.

Sin límites es la utilidad que obtenemos de oír el augusto Sacrificio; y este provecho sin medida es prueba inequívoca de las inmensas riquezas que reporta la Ofrenda incruenta de los altares. Primeramente nos consigue grandes méritos: dice S. Agustín que el ángel del Señor cuenta los pasos del que sale de casa para oír Misa, y luego los escribe en el libro de las buenas obras; en segundo lugar, perdona los pecados: enseña el citado doctor que si alguno oyere devotamente el Sacrificio, en ese mismo día se librará de caer en las redes del mortal pecado y se purificará de sus imperfecciones; en este concepto, añade S. Anselmo, que aprovecha más oír una Misa en vida ó mandarla celebrar, que mil después de la muerte; y en último término, aumenta los bienes temporales: se han visto maravillas, dice el P. Arbiol (1), de aumentar Dios los bienes temporales en las familias donde no se deja la Misa por el trabajo.

13. ¿De cuántos graves peligros no libra el haber asistido á la Oblación eucarística? Á cuántas personas, esta Acción santa, no ha arrancado de las fauces de la muerte? El Águila de Hipona es de opinión que el día que oye una Misa tiene fundado motivo para esperar que Dios le librará de la muerte repentina; el Venerable Beda añade que si una mujer, cercana al trabajoso parto, asiste al Sacrificio el día que espera dar á luz, debe aguardar confiadamente de la piedad divina que saldrá de su penoso trabajo, habiendo experimentado ligeros dolores y con gran felicidad, pues el ángel de su guarda la asistirá. Puede tenerse por seguro que no sufrirá grave daño el que oye Misa diaria con devoción. Los que emprenden de buena fe un arduo negocio, un viaje, una cacería etc., ¿por qué no oyen antes Misa con devoción? Si así se realizara en pudiendo, más libres esta-

(1) Del Sacrificio de la Misa.

ríamos de calamidades y miserias. Convencido de estos provechos inmensos que proporciona la S. Misa, el rey D. Alonso de Aragón procuraba todos los días oír muchas Misas, no ya en su oratorio real, sino en las iglesias. El bienaventurado mártir Tomás Moro, canciller de Inglaterra, oía ante todas cosas la S. Misa, siendo en esta práctica tan extremado que, cierto día, antes que hubiérase terminado el Sacrificio, fué llamado por el rey; mas él, con reposo y serenidad, contestó al recado:—Decid á mi señor que primero será obedecer al rey del cielo que al de la tierra.—Persuadidos, asimismo, de la utilidad inmensa que reporta la audición del adorable Sacrificio, ¿cuántos labradores y artesanos no se les ve todos los días, postrados de rodillas ante el altar, asistiendo á la Ofrenda eucarística antes de entregarse á sus rudas labores? ¿Y no es esta práctica, solemne vergüenza para aquellos individuos que, deseando pasar plaza de caballeros en las grandes poblaciones, ni siquiera se acercan una vez entre semana al templo?

Las terribles llamas de un fuego abrasador se transforman en fresca lluvia que las apaga, efecto de haber asistido al Santo Sacrificio del Altar: esta merced experimentó un niño israelita á quien su padre, lleno de furor, arrojó en un horno encendido, porque había oído la S. Misa y comulgado en ella. Los formidables rayos se detienen en el aire sin atreverse á tocar en lo más mínimo al que oyó la S. Misa: favor semejante alcanzó un joven, mientras que su compañero que tenía á su lado fué reducido á cenizas por una exhalación eléctrica, precisamente por no haber asistido al Sacrificio en ese mismo día que era festivo. Las insoportables férreas cadenas se hacen imponderables, y la triste situación de un encarcelado se convierte en alegre, mediante una Misa que por él se aplique: así cuenta S. Gregorio Magno de cierto casado, que estaba preso, que mientras se celebraban Misas por su intención no experimentaba las tristezas del encierro. En suma, los soldados, armados con este poderoso Sacrificio eucarístico, intimidan á los enemigos: estaba cercado con treinta mil soldados el castillo de Anti-

siodoro; un religioso celebró en el campamento la S. Misa y en el momento cayó una niebla tan espesa y oscura en el campo enemigo que le fué forzoso á éste levantar el cerco.

¡Qué cúmulo de bienes tan grandes se obtienen con asistir á este venerando Sacrificio! Pero advertamos asimismo que de las riquezas de la Sta. Misa participa toda la Iglesia.

### §. III.

**18.** Cuando el celebrante toma la patena en sus manos, y presenta al Eterno Padre la materia de la consagración eucarística, dice estas palabras: «Recibe, oh santo Padre, esta Hostia inmaculada, la cual os ofrecemos por todos los fieles cristianos, tanto vivos como difuntos, á fin de que les aproveche para su salvación eterna.» He dicho anteriormente que, siendo universal el adorable Sacrificio de la Misa, sus frutos, sus provechos, sus riquezas deben extenderse á todos los fieles, tanto los presentes á él como los ausentes; y ved ahí por qué si las almas del Purgatorio, estando ausentes, participan de la S. Misa por modo de sufragio, también participarán los fieles católicos ausentes, merced al dogma de la Comunión de los santos. Que nosotros obtengamos utilidades de las oraciones, de las buenas obras y de las Misas que ofrecen nuestros hermanos de las cinco partes del mundo, y que éstos á su vez participen de nuestras espirituales obras, esto es consolador, hermosísimo en extremo y propio tan sólo de la Religión Católica, de la cual todos los cristianos somos miembros.

La Iglesia universal, empero, adquiere semejantes bienes del Sacrificio, porque este es Memorial de la Pasión del Redentor. Si la muerte cruenta de Jesucristo reportó al mundo cuantiosos bienes espirituales y sociales, ¿cómo no reportará estos mismos bienes la muerte incruenta, la muerte mística del Señor, efectuada en los altares eucarísticos? Mientras se celebra el adorable Sacrificio, que es en todo tiempo, las personas que, no pudiendo asistir á Él, se asocian en espíritu á la Oblación inmaculada y meditan la Pasión y muerte del Redentor, alcanzan favores, y en cierto

modo oyen la Misa como los asistentes á la misma. ¡Qué bellezas!

**19.** «No existe oblación tan grande, ni tan útil, ni tan amable, ni tan grata á los ojos de la Majestad Divina, enseña S. Lorenzo Justiniano, como la Oblación de la sagrada Misa. Presta á Dios el honor, á los ángeles el paraíso, á los desterrados el cielo, á la Religión el culto, á la justicia lo debido, y á la santidad la norma. Otorga obediencia á la ley, fe á los gentiles, alegría al mundo, gozo á los creyentes, unidad á los pueblos y fin á los sacramentos legales. Concede á la gracia el principio, á la virtud fortaleza, á los hombres la paz, á las inteligencias la luz, á los que trabajan esperanza y á los que llegan al cielo la gloria. Porque con la celebración de este santo Sacrificio se recuerdan los dolores de nuestro Mediador, las injurias que le irrogaron, los azotes que le dieron, la hiel y vinagre que le ofrecieron y los clavos y lanza que usaron para matarle. No es dable explicar lo que sucede en la hora de la celebración de la Santa Misa, pues en esa hora se abren los cielos, se admiran los ángeles, se gozan los santos, se alegran los justos, son visitados los cautivos y desatados los aprisionados; el infierno rabia, y se alegra la universal Iglesia.»

**20.** No digamos una palabra, en último término, de los castigos que el Señor ha enviado á los que, despreciando la Hostia santa del Altar, han dejado de oír el augusto Sacrificio, porque son funestísimos; ni nos entretengamos en referir aquéllos que se han realizado en los escarnecedores de este Santo Misterio, porque sería cuestión de no terminar; mas para escarmiento de la infame osadía referiré el siguiente: Cierta calvinista holandés trabó conversación en una fonda con un buen católico. Siendo miércoles de Ceniza, aquél convidó á éste á comer carne; pero el práctico católico se negó rotundamente á quebrantar el precepto eclesiástico. Entonces la hipócrita amistad del hereje se convirtió en concentrado odio, y, ultrajando al hijo de la Iglesia, le dijo entre otras cosas:—Vaya, si has oído Misa es-

tarás más dispuesto á ayunar—y diciendo y haciendo, toma un tajador de madera y añade: Si quieres ver Misa, yo te la diré—levanta el tajador y ¡oh castigo de Dios! en el mismo momento los brazos levantados se le quedaron secos, y pocos instantes después expiró en el lugar del trágico suceso (1).

Tengamos respeto santo y temor saludable al Sacrificio eucarístico, y asistamos á Él con la frecuencia posible. Siendo en tanto número las riquezas que contiene, nuestra felicidad está en aprovecharnos de ellas. Podemos llenar nuestras arcas, esas arcas invisibles, pero reales, que se muestran en el celeste Paraíso, no de un oro mezquino, que al fin hemos de abandonar con la muerte, sino de tesoros invaluables, extraídos con poco trabajo de la inagotable Mina eucarística, tesoros que no podrán ser roídos de la polilla, ni robados por ladrón ninguno, sino depositados en el cielo, con los cuales nos hará dichosos un día el Dios de las eternidades.

#### EJEMPLO

S. Pedro Damiano había perdido de tierna edad á sus padres, siendo confiado al cuidado de uno de sus hermanos, que le trató de un modo muy cruel.

El santo niño devoraba las amarguras sin quejarse.

Cierta día encontró en la calle una hermosa moneda de plata y el gozo que experimentó su alma fué grande, extraordinario. ¿Qué hará de ella? La empleará en la satisfacción de alguna de tantas necesidades corporales por las que pasaba? Comienza á indagar por su dueño, y no encontrándolo, reflexiona bien y la entrega á un piadoso sacerdote para que aplique una Misa por las almas del Purgatorio.

Desde aquella hora cambió su fortuna. Fué recogido por otro de sus hermanos, que era clemente y bondadoso, quien le vistió con decencia, le dió buena alimentación y le proporcionó educación esmerada. Damiano llegó á ser sacerdote, cardenal y gran defensor de la santa Iglesia. He ahí el valor de una sola Misa, mandada aplicar á cambio de una pequeña privación temporal. *Catec. en exemplos.*

(1) Bredembachio, lib. 7 collat. sac., cap. 63.

## XXIV

### *Reverencia con que hemos de tratar el Santo Sacrificio de la Misa.*

*Maledictus, qui facit opus Dei fraudulenter.*  
Maldito sea el hombre que ejecuta la Obra de Dios con negligencia.  
JEREM. XLVIII, 10.

1. Los Misterios del Altar han sido denominados por los primitivos cristianos: *Misterios santos*, *Misterios terribles*, porque el Dios terrible, el Dios santo, humanado, es el que en dicho Altar se inmola. Otras veces, estos mismos arcanos eucarísticos han sido apellidados por los Concilios: *Obra de Dios*, *Obra por antonomasia*, porque, sacrificándose en la Misa Jesucristo S. N., ninguna Obra hay tan propia del Hombre-Dios como ésta, ya que tantos y tan singulares beneficios reporta en favor de los mortales. El adorable Sacrificio del Altar es por consiguiente la Obra de Dios por excelencia.

2. Empero, ¿se referirá el profeta del llanto á la santa Misa, cuando, increpando al ser humano en nombre del Eterno, dice: «Maldito sea el que ejecuta la Obra de Dios con negligencia?» Todo cuanto se refiere á Dios más ó menos directamente: la justicia, la vida social, los negocios, principalmente el arduo negocio de la salvación del hombre, puede llamarse Obra de Dios, y á todas estas verdades